

Sedución

Al primer rayo de luz
con que Febo doró el prado,
y en un rosal abrazado
al pedestal de una cruz,

abrió su seno encendido
una rosa perfumada,
en la más bella alborada
que tuvo Mayo florido.

Prendada de su candor,
una linda mariposa,
gentil, locuaz y afanosa,
se puso a hacerle el amor.

Y en torno de ella trazando
los más caprichosos giros,
y con lánguidos suspiros
su voluntad cautivando,

así a la rosa hechicera,
que embelesada le oía,
estas cosas le decía
entre engañosa y sincera:

— «Salve, oh flor cándida y pura,
gala y orgullo del prado,
donde todo lo creado
se extasía en tu hermosura; •

donde las auras sutiles,
la fuente, el ave, el insecto,
a una cantan lo perfecto
de tus gracias juveniles;

donde el límpido arroyuelo
que tu pie baña riente,
tu faz copia en su corriente
como incrustada en el cielo;

y donde tienes ufana
por dosel esplendoroso,
la cruz, lábaro glorioso
de la redención humana.

En hay en ti un solo detalle
que no irradie mil primores;
por eso silfos y flores
te aclaman reina del valle.

Solamente del amor
te falta el sublime encanto.
Si él te adornara, otro tanto
había de ser tu valor.

¡Amor!... afecto profundo;
luz que todo lo esclarece;
color que no palidece;
broche que une a Dios y al mundo;

ser que vive de sí mismo;
maná que al alma alimenta;
iris de toda tormenta;
motor de todo heroísmo;

faro de dulce esperanza
que el que nace busca ansioso,
en este mar proceloso
en que la vida lo lanza;

inmarcesible laurel
que parte su raíz en dos;
ala que al alma da Dios,
para que suba hasta él.

Ya ves tú si tendrá fama
de afecto el más santo y tierno,
que si el infierno es infierno,
es porque allí no se ama.

Si tu pecho no lo siente,
y quieres para él vivir,
déjame solo imprimir
un beso en tu casta frente.»

Y así el insecto falaz
tantas lindezas trovando,
se iba acercando, acercando,
a su purpurina faz.

La rosa, como novicia
en lides de tal jaez,
olvidando nombre y prez,
cedió a la primer caricia;

y con la ciega pasión
que un beso suele engendrar,
abrióle de par en par
las puertas del corazón.

Él que el momento aguardaba
de libar sobre seguro
el cáliz virgen y puro
de la beldad que rondaba,

audaz cuanto irreverente,
sin más venia ni permiso,
dio, taimado, de improviso
sobre la flor inocente.

—«¡Ya eres mía!»— le gritó.
Y abrazándola febril,
y ella con timbre sutil
—«¡tuya siempre!»— repitió.

Y con fruición avarienta
la cobijó con sus alas,
que más que nupciales galas
eran jirones de afrenta,

hasta que harto de placer,
con ingratitud notoria,
voló cantando victoria...
¡voló para no volver!

Tornar al siguiente día
cien veces le prometió.
La rosa, sí, lo esperó,
mas su don Juan no volvía.

Al viento dio sus querellas
para que éste las llevara
al sitio donde se hallara
el infiel causante de ellas,

cuando en letal paroxismo
vio sorprendida y llorosa,
que con otra incauta rosa
estaba haciendo lo mismo.

Y ante la injusta condena
de verse olvidada y sola,
sin perfume su corola
y medio ahogada de pena,

en el colmo del dolor
pronunció sentencia tal:
«¡no hay un placer tan venal
como el placer del amor!»

Reclinó la ajada frente
sobre el fuste de la cruz,
y murió al morir la luz
en los mares de Occidente.

Yo pensé, al verla caer
sobre el mármol deshojada:
—Esta es la historia abreviada
de tanta y tanta mujer,

que al sonreír de la aurora
son encantos de los ojos,
y por la tarde despojos
sobre los que nadie llora.

Mas ¿puede haber delincuencia
en quien, naciendo agraciada,
se ve sin tregua acechada
por el vicio o la indigencia,

si arteros logran al fin
manchar su nítido seno,
y revolver en el cieno
sus alas de serafín?...

¡Ah, catones! compasión,
que en muchos de esos deslices,
llevan ya las infelices,
el germen de redención;

pues sin guías ni sostén
en la gresca mundanal,
siguen la senda del mal
por ignorar la del bien.

PUBLIO HURTADO

Páginas antológicas (1)

El país



TIENE Extremadura gran unidad geográfica y características fisiográficas que nuestra región ofrezca condiciones naturales de las más favorables en el ámbito peninsular: Orográficamente constituye una penillanura con altitud media de unos 400 metros, gran ventaja respecto a la meseta de Castilla la Nueva, que es 250 metros más alta, y más ventaja aún sobre la planicie del Duero, de altitud media de unos 850 metros.

Abierto el territorio extremeño a los vientos y a la humedad del Atlántico, es más lluvioso que las Castillas, pudiéndose calcular la pluviosidad media anual en nuestro país en unos 500 milímetros, distribuidos en forma tal que casi se enlaza la época lluviosa del otoño con la de primavera.

Estas circunstancias, unidas a lo templado y suave de las temperaturas invernales, con mínimas pocas veces inferiores a 0°, y medias de Enero de 6·9° en Cáceres y 8·2° en Badajoz, producen un resultado de la mayor importancia, base de la riqueza ganadera del país, cual es el

(1) EDUARDO HERNÁNDEZ PACHECO.—He aquí uno de los hijos más ilustres de Extremadura, que nació en la villa de Alcuéscar. Fue el auténtico creador de la geografía científica en España y de la geografía del paisaje. Se le ha llamado con razón el Patriarca de las Ciencias Geográficas Españolas. Hizo importantes aportaciones con sus estudios sobre Geología, Paleontología, Geografía Física, Mineralogía, Prehistoria y Geografía del Paisaje. Fue un auténtico sabio que formó una legión de discípulos, empezando por su hijo don Francisco Hernández Pacheco, que continúan su obra imperecedera. Don Eduardo ejerció los más altos cargos científicos y colocó muy en alto el pabellón en todos los Congresos y reuniones científicas de España y del Extranjero, a los que asistió. A las numerosas recompensas que poseía hemos de agregar que también se hallaba en posesión de la medalla de Oro de la Alta Extremadura. Era don Eduardo Hernández Pacheco escritor de raza. Al discurso de gracias a la Excm. Diputación Provincial por la concesión de la medalla «Extremadura y los extremeños», pertenecen las formidables páginas antológicas «El país», que los lectores agradecerán y que debemos a la gentileza del correcto escritor don Santos Nicolás Rodríguez.

LA REDACCION